

**Linda Egan. *Carlos Monsiváis. Cultura y crónica en el México contemporáneo*. Trad. Isabel Vericat. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.**

**A**caba de salir, traducido al español, el primer estudio crítico y teórico sobre Carlos Monsiváis, el periodista, cronista, narrador y ensayista que ha sabido ser la conciencia de México durante más de cuatro décadas. Los que habitamos el mundo académico sabemos que a él no se le escapa nadie ni nada: ni los padres de su patria ni las divas del cine mexicano; ni los de arriba ni los de abajo; ni la pintura ni la literatura. Sus crónicas son fulminantes porque son capaces de hacer estallar cargas explosivas en cualquier página impresa con pólvora de la cultura popular, con lo cual ha logrado ubicar lo marginal en el centro de su sociedad.

En su libro *Carlos Monsiváis. Cultura y crónica en el México contemporáneo*, Linda Egan nos presenta a un cronista, que ejerce su profesión en el arenal movedizo de “la crónica actual de México” y, al mismo tiempo, nos entrega una teoría sobre la crónica contemporánea (distinguiéndola del cuento y el ensayo). De principio a fin, sus acercamientos críticos vuelven una y otra vez a los escritos de Monsiváis, y realiza así un verdadero análisis textual que demuestra no sólo aquello que el cronista dice sino también cómo lo dice. He aquí una de las grandes aportaciones de este libro, calificado (en su versión original) por Christopher Domínguez Michael como “una herramienta utilísima para iniciar la arqueología del mito de Monsiváis”.

Los que lo conocemos por su columna “Por mi madre, bohemios”, sabemos que a este monstruo de la crónica contemporánea le interesa el aspecto artístico, social y político de la historia inmediata de México. Sin reparar en que sus comentarios sean o no políticamente correctos, Monsiváis practica un periodismo personal. Hasta la fecha, él dice lo que muy pocos pueden decir en un ambiente público porque no se casa con nadie: ni con la derecha ni con la izquierda. Por eso la crítica estadounidense lo presenta como un personaje carnavalesco que, sin olvidar su posición de observador, entra con maestría en diversos espacios privados para revelar una infinidad de verdades ocultas, burlándose de sí mismo y de los otros a quienes espía (50).

Ubicándolo dentro del círculo intelectual de México —formado en gran parte por Carlos Fuentes, Sergio Pitol, Juan García Ponce, José Emilio Pacheco, Jorge Ibarquengoitia y Elena Poniatowska—, Egan denota el valor de Monsiváis como

un escritor que no sólo conjuga la cultura de las masas con la de las élites, sino también la ficción con la realidad (57). Su estilo paródico, lleno de metáforas y símbolos, nos explica la autora, produce un género «mestizo» que propicia el reportaje eficaz y el juicio personal, proveniente de una primera persona narrativa (67). Por medio de este acercamiento crítico (que resalta los matices literarios de la crónica), Egan arguye que los escritos de este autor sobrepasan lo banal de su origen y alcanzan cierto grado de universalidad, aunque al hacerlo nos obligue a cuestionarnos qué es o no literatura.

Al reiterar la forma en que Monsiváis absorbe el mundo exterior para crear algo muy suyo, Egan lo trata como teórico de la cultura popular. En su opinión, “Monsiváis ha contribuido a la fundación, no sólo de la cultura popular como disciplina, sino también de una metodología y una teoría que a la atracción de la cultura como espectáculo agregan la sustancia de significados simbólicos y filosóficos duraderos” (89). Como el paraguas de la cultura popular que cubre varios terrenos, la autora ofrece ejemplos concretos para comprender el campo bastante ancho y no tan ajeno en el que se mueve Monsiváis. Partiendo por la modernización de México, su economía (en relación con Estados Unidos) y su política; pasando por su historia, sin olvidar la importancia de la sexualidad y el lenguaje, Egan ofrece una definición compuesta de lo que es la cultura de masas, y destaca sus subgéneros más sobresalientes, tales como el melodrama, el *camp* y la cultura rural (94-100).

Gracias a esta mina inagotable de cultura popular, de represión material y psicológica, fatalismo histórico, feminización de la pobreza y subdesarrollo permanente (101-102), Monsiváis puede resaltar lo marginal en el centro de un reportaje que pronto deja de ser sólo eso para convertirse en arte. Como eterno pepenador de detalles cotidianos que casi nunca ingresan a las páginas de la Historia (con mayúscula), el cronista recoge su materia prima caminando apuradito por el Zócalo del Distrito Federal, viajando en el metro o realizando hazañas quijotescas para llegar a la selva lacandona, con su libreta debajo del brazo y justo a tiempo para (re)crear una neo-Historia verdadera sobre los zapatistas de Chiapas (78). Es evidente que su preocupación por el centralismo, el clasismo y el elitismo lo obligan a asumir el papel multifacético de mensajero del diablo, historiador, biógrafo y reportero que siempre va más allá de la noticia.

¿Qué mejor género que la crónica para un narrador camaleónico de la talla de Monsiváis? Sólo un género escurridizo como éste le permite vocear lo marginal en el centro, por ser un “género literario cuya abundante vitalidad y sangres cruzadas reflejan perfectamente la naturaleza de su referente” (140). Esto se de-

be a que el género cronístico abarca, según teoriza Egan, muchos capítulos de la historia local y nacional; contiene cierto tipo de periodismo que no se limita al reportaje directo; conserva matices de la prosa ensayística, y sobrepasa sus límites; abraza los testimonios de testigos u otros, sin impregnarse completamente del género testimonial, y aprovecha las mismas herramientas que utilizan el cuento y la novela para conservar un discurso que muchas veces parece ficcional (148-50).

Para contextualizar el origen de este género, Linda Egan nos remite a las crónicas de Indias, enfocando nuestra atención en la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. En el manuscrito no-tan-verdadero de este soldado raso, la autora de *Carlos Monsiváis. Cultura y crónica* encuentra el nacimiento de la prosa hispanoamericana que, a su debido tiempo, crece con los relatos periodísticos del siglo XVIII, alcanza nuevas dimensiones con el costumbrismo del XIX y se autoriza como la “nueva crónica” del XX. Así es como este género se convierte, señala Egan, en el vehículo idóneo para transportar nuevas ideas a finales de la década de 1960, especialmente aquéllas que surgen antes y después de la amarga noche de Tlatelolco, en 1968, cuando la crónica comienza a jugar con el yo autobiográfico o metahistoriográfico a la vez que trata de representar la voz del otro (160).

Si los académicos volvemos constantemente a las páginas más memorables de la crónica es para interpretar el presente del mundo de la realidad y la ficción. Y es que la crónica, denota Egan, informa y comenta a través de una escena y no de un resumen; incluye diálogos que reproducen el habla informal; se detiene con la caracterización de los personajes centrales de la historia que cuenta; se vale de una voz autobiográfica para invadir la interioridad ajena; le impone al público su opinión, sus emociones y su crítica; deja el “texto abierto” con una maraña de intertextos; utiliza varios lenguajes sin traducirlos; satura su discurso de imágenes sensoriales, símbolos y metáforas; es irónica, sarcástica y satírica; se convierte así en un discurso de múltiples significados (161-162).

Aunque la obra de Monsiváis parece ser inabarcable, “por momentos resbaladiza e inaprensible” diría María Cristina Pons, el estudio de Linda Egan dedica cinco capítulos sustanciosos al análisis crítico de sus colecciones más conocidas: *Días de guardar* (1970), *Amor perdido* (1977), *Escenas de pudor y liviandad* (1981), *Entrada libre* (1987) y *Los rituales del caos* (1995). En cada una de estas piezas textuales, mientras conocemos a un escritor de crónicas revolucionarias (que invierten con optimismo extremos opuestos de la sociedad mexicana) (249), los lectores también encontramos la aplicación de los conceptos teóricos que la autora expone en la primera parte de su libro. Muy acertada es Egan en esta sección

analítica al sugerir que el lenguaje del cronista sirve como máquina transformadora de la conciencia individual y colectiva de México (250). Monsiváis, reitera ella, sabe crear y aprovechar aforismos, quiasmos y metáforas cinematográficas de manera “emblemática” para representar a su país de adentro hacia fuera.

Así, con un lenguaje templado (que no parece perder su elegancia en la traducción), sin dejar de lado la erudición académica y manejando diversas herramientas teóricas propias del posmodernismo, este estudio crítico–teórico recalca la labor cronística de Carlos Monsiváis, quien no deja de buscar y exponer los obstáculos históricos de un México que se empeña por avanzar hacia la modernidad que lo observa desde Estados Unidos. A la vez, el análisis textual de Egan consigue legitimar a la crónica contemporánea como un género que no merece permanecer en el desván de la literatura, precisamente por ser un discurso completo y democrático: una forma que refleja su contenido (332). Creo, pues, que el libro de Linda Egan es una pieza fundamental para entender el ingenio de este hombre que se ha convertido en un mito a través de sus letras, las cuales han sido y seguirán siendo, al decir de Elena Poniatowka, “imprescindible piedra en el zapato de la vida”.

*Oswaldo Estrada*

University of Puget Sound

D. R. © Oswaldo Estrada, D. F., julio–diciembre, 2005.